



EL BARCO  
DE VAPOR

# El hotel

Mónica Rodríguez Suárez

Ilustraciones de Paula Blumen



*A los del hotel Antonia  
de Pola de Siero.*

*A Piluca, mi suegra,  
que creció entre la algarabía  
de sus tíos en aquel hotel  
y me regaló sus historias.  
Este libro es vuestro.*

Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Marta Mesa

© del texto: Mónica Rodríguez Suárez, 2017  
© de las ilustraciones: Paula Blumen, 2017  
© Ediciones SM, 2017  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9433-1  
Depósito legal: M-16868-2017  
Impreso en la UE / Printed in EU

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# ● 1

## EL ABUELO AQUILINO

DE PEQUEÑA VIVÍ EN UN HOTEL.

Fue cuando murió mi padre. Mi madre hizo las maletas y nos subimos a un tren. Salimos de la ciudad que era triste y sin poetas, y el tren la envolvió en una bocanada de humo. Mis hermanos y yo jugábamos por los vagones.

Después, el tren se detuvo y vimos al abuelo Aquilino en la estación, tan alto que nos gustó. Tenía bigotes de bandolero, bastón y lentes de estilo pinza. Se veía que era un señor importante, dueño de un hotel, por ejemplo, y que era capaz de darle un bastonazo a cualquiera.

Se enroscó el bigote al vernos, sonrió y dio dos golpecitos con el bastón en el suelo.

Toc, toc.

—¿Es que no vais a saludar a vuestro abuelo, ho?

—rugió.

Tenía voz de domador de leones. Me encantaba esa voz. Mis hermanos, que son más pequeños, corrieron

a abrazarse a sus rodillas. Mi madre me empujó un poco para que yo también me acercara.

–Encantada, abuelo –dije haciendo una pequeña reverencia y poniéndome colorada hasta las orejas.

Al abuelo Aquilino se le encrespó el bigote y le resbalaron las gafas de pinza por la nariz.

–¡¿Queréis estaros quietos?! –les gritó a mis hermanos.

–Venga, niños, ya está bien –dijo mi madre.

–¡Viajeros al treen! –gritó el encargado de la estación.

–¿Esto no Alicante? ¿No Alicante? –preguntaba desesperada una turista con el mapa del revés.

–Esto Asturias, As-tu-rias –le aclaraba un señor, gritando para que le entendiera.

Y por los megáfonos:

–El tren con destino a Orense, vía uno. Destino Orense, vía uno.

En un banco de la estación, un señor muy serio se secaba los ojos con un pañuelo.

–¿Ese no es el señor Aguado? –preguntó mi madre.

–Ese es, en efecto –respondió el abuelo, poniendo ojos tiernos.

–¿Y sigue viniendo?

–Ahí lo tienes, cada domingo. ¿Quieres saludarle?



–No, ya le veré en el hotel. No le vamos a molestar ahora que llega el tren de Orense.

El señor Aguado levantó un poco la cabeza, pero estaba tan ensimismado, con la vista perdida en las vías, que ni nos vio. Y eso que era difícil no vernos.

El abuelo Aquilino caminaba echando la espalda un poco hacia atrás y levantando el mentón. El viento le agitaba sus bigotes de morsa. Mis hermanos corrían dando voces y mi madre y yo arrastrábamos las maletas. De este modo, salimos de la estación, nos subimos al coche del abuelo, que era un Triumph Mayflower del 59, abombado y con poco espacio pero muy bonito, y así, apretados y ruidosos, llegamos al hotel.

## ● 2 EL HOTEL

POR LA VENTANILLA DEL MAYFLOWER corrían los paisajes, y eran de un verde tan intenso que ponían de buen humor. Nos hacían olvidar por qué habíamos venido a vivir al hotel. El sol iluminaba aquellos prados y las ramitas y las hojas hasta hacerlas fosforecer. En medio de aquel resplandor, estaba el pueblo. Y en medio del pueblo, frente a la casa del ayuntamiento, el hotel: un gran edificio de piedra, de dos alturas, con corredores de madera, que pertenecía a mi abuelo. No había cartel ni placa que lo anunciara, pero todos en el pueblo sabían que aquella casona era EL HOTEL. Y sus habitantes –seis mujeres y tres hombres más el abuelo, sin contar a los huéspedes– eran *los del hotel*, a los que nos sumábamos ahora mi madre, mis dos hermanos y yo.

Las seis mujeres y los tres hombres eran todos hijos del abuelo, o sea, hermanos de mi madre, o sea, mis tíos, que sí, eran muchos y todos alegres y bo-